

¡QUÉ BUENO ES DIOS!

POEMA EN DOS CANTOS

A mi amigo el ilustre poeta valenciano
D. Teodoro Llorente.

CANTO PRIMERO

EL ANGEL FIDEL

I

La bondad de los cielos es tan clara,
que, con verdad os digo,
que Dios, con su clemencia, es quien separa
los actos de la culpa, del castigo.

II

Hay una cierta historia
que uniendo lo divino con lo humano,
va viviendo del mundo en la memoria
como flota en el aire lo lejano;
historia apocalíptica que empieza
en el día infeliz en que nacieron
y en que á Dios le pidieron
talento el hombre y la mujer belleza.

III

El Rey de la justicia soberana,
es de todos los padres el más tierno,
aunque hay necios que piensan que el Eterno
es un Dios bebedor de sangre humana.
Por eso, aminorando los horrores
de cuanto hay de más negro en el destino,
el Dios de las estrellas y las flores
con su labio divino
dijo al ángel Fidel:— Que tu pericia
castigue con razón á los humanos—
y con sus santas manos,

el rayo le entregó de la justicia.
Así fué al brazo de Fidel atada
la justicia divina,
lo mismo que la cólera camina
enroscada en el puño de la espada.
Nombrado ya Fidel, Cid de la altura,
ministro de la muerte y de la guerra,
por ser tan ambicioso, que en la tierra
llegaría hasta abad, si fuese cura,
al verse tan honrado
con armas defensivas y ofensivas,
se quedó contagiado
del mal de las virtudes excesivas;
y como ya tenía
un genio con tendencias á lo horrible,
y además no sabía
que todo ser cruel siempre es pequeño,
haciéndose el terrible
vivió frunciendo y desfrunciendo el ceño;
y, aunque no de bondad, de orgullo rico,
más que justo, inclemente,
pensó pasar la vida alegremente
como el gran Federico
que jamás se aburrió matando gente.

IV

Así quedó, con providente celo,
la mano de Fidel del rayo armada,
cuando Dios sacó el mundo de la nada,
y lo metió bajo el fanal del cielo.

V

Aquel rayo forjado el primer día
con que nunca extermina, aunque amenaza,
lo ostentaba Fidel con gallardía,
paseando su importante medianía
con la altivez de un español de raza;
y, para honrar la celestial milicia,
pensando en poner cara de asesino,
nunca observó su militar pericia
que la bondad, más bien que la justicia,
es lo humano que toca en lo divino.

VI

Y pasó un siglo y dos sin pasar nada;
mas juzgando á la tierra consternada

con la muerte de Abel, en el instante
Fidel amenazando,
sintiendo no tener en el semblante
para que al cielo y á la tierra espante
alguna cicatriz de arma de fuego,
pregunta á Dios:—¿Mato á ese vil hermano?
Mas Dios, amigo del dolor humano,
con celestial ternura
le respondió á Fidel:—Espera, espera;
hay horas, en la vida, de locura,
mas la hora de Dios es la postrera.—
Y así el Señor, más justo que terrible,
dejó á Caín de turbaciones lleno
condenando al malvado á la insufrible
inquietud natural del que no es bueno.

VII

Y así fueron pasando
los siglos como sueños de una hora,
Fidel amenazando,
y el Señor perdonando
á todo ser que vive, gime y llora.
Y queriendo ejercer constantemente
el rígido deber que se hace odioso,
el ángel, cada vez más inclemente,
creyendo, cual si fuese un juez celoso,
que no existe en el mundo un inocente,
viendo su alma feroz, aunque cristiana,
en cierto siglo una moral malsana,
le preguntó á sú Dios:—Señor, ¿qué hacemos?—
Y Dios, con su clemencia sobrehumana,
miró á la tierra y dijo:—Ya veremos.—

VIII

Acusando á la misma Providencia
de ser tibia en su celo,
por no esperar Fidel, en su impaciencia,
que ninguno al morir piense en el cielo,
al ver á una mujer, que acabó en santa,
y á muchas que olvidaron sus deberes,
fué su cólera tanta
que le dijo al Señor:—A esas mujeres
no es posible absolverlas.—
Mas Dios omnipotente,
con frases que caían dulcemente
como en un vaso de cristal las perlas,

responde con palabras amorosas:
—Fidel, ten más clemencia
con todo el que ha probado en la existencia
la amargura del dejo de las cosas;
y perdona á la pobre Magdalena
que, si no es pura, es más que pura... es buena.—

IX

Ya odiando la bondad de un Dios augusto
que, sólo perdonando, cree que es justo,
murmuraba Fidel frecuentemente:
—El mundo está perdido—
por no tener presente
que, más que á un inocente,
Dios prefiere á un culpable arrepentido;
y el gran Rey de la altura,
con voz que es una fuente de ternura,
le dice de esta suerte:
—Deja siempre el castigo para luego;
que el hombre á veces ciego
ve mejor á la hora de la muerte.—

X

Sigue Fidel por su excesivo celo
estudiando dulzura en las panteras,
como un inquisidor que cree de veras
que, matando, gana almas para el cielo:
y cual siempre, olvidado
de que Dios odia al mal y no al malvado,
exclama á fuerza de rencor, impío:
—¿Cuánto crimen, Dios mío!
¿No es hora ya, Señor, de que matemos?—
Dios misericordioso,
sepultando lo justo en lo piadoso,
vuelve á decirle como un rey:—Veremos.—
Y Fidel, iracundo,
queriendo exterminar á medio mundo,
haciendo también guerra
á los que cree dichosos en la tierra,
contra todo feliz, á cualquier hora
quiere lanzar el rayo, porque ignora
que si el hombre es dichoso algún momento,
sus días de aflicción no tienen cuento,
¡y que, del globo en el helado infierno,
la dicha es la excepción de un mal eterno!

CANTO SEGUNDO

ATALIA

I

Y después de pasados
algunos siglos más, un hombre un día
acusaba á Atalía
del mayor y el menor de los pecados.
Atalía es variable de tal modo
que del amor sólo ama los placeres,
siendo de esas mujeres
que cuentan con el diablo para todo.
Con ojos del matiz de la avellana,
y el bronceado color de una gitana,
más que uno á uno, en aquel rostro bello
pueden contarse á pares,
como besos del diablo, los lunares
que esmaltan sus mejillas y su cuello.
Mujer de gran talento
que, como todas ellas,
cree que son clavos de oro las estrellas
con que Dios asegura el firmamento.

II

Invocando á los cielos
con la cólera amarga de los celos,
el amante exclamó:—Dios soberano,
castiga por traidora
á esta falsa mujer que sólo adora
la fácil musa del amor pagano.
Por infiel, por ingrata y descreída,
mata á este ser maldito,
cuyo nombre está escrito
en la crónica negra de mi vida.
Esta infiel por quien peno,
tan mala como bella,
con el aliento de ella
se puede envenenar hasta el veneno.
Que la ira de Dios se una á la mía,
y si al cielo algún día
se atreviese á llamar, cerrad la puerta;
porque sé que Atalía
ha de ser mala hasta después de muerta.—

III

Al escuchar Fidel tan gran lamento,
con aires de un actor de melodrama,
sin dudar un momento
ni encomendarse á Dios,—Espera—exclama.
Y con su diestra mano
y su instinto de hiena,
lo mismo que un valiente cirujano
á quien nunca espantó la sangre ajena,
vengando tal falsía,
se inclina, el rayo toma,
y mirando á la pérfida Atalía
como mira el halcón á la paloma,
á un sol que de la tarde á la caída
ya alumbraba á la Europa de soslayo,
apunta, lo despide, y parte el rayo
cual si fuese una espada retorcida;
y como ésta, al brillar, alumbra y ciega;
mientras al fin de su destino llega,
la atmósfera parece un calabozo,
el cielo un tragaluz, la tierra un pozo,
y perturbado el suelo
quedó todo lo mismo
que si se hundiese sobre el mundo el cielo,
y el mundo se cayese en un abismo.

IV

En tan breves momentos
el Dios que ve nacer los pensamientos
echó desde su espléndida morada,
por delante del rayo una mirada,
y como de este modo
llenó de efluvios de piedad el todo,
por Dios purificado el rayo luego,
empezó á verter luz, en vez de fuego,
y siendo un mensajero de venganza,
se convirtió en un rayo de esperanza.

V

Cuando el rayo de muerte
brilló con nitidez fascinadora
como, al tocar las aguas, se convierte
la luz del sol en claridad de aurora,
deslumbrada al fulgor de brillo tanto,

con el rostro de un niño que despierta,
 Atalía, de espanto,
 pidiendo á Dios perdón se quedó muerta:
 y mostrando una cara
 más lívida que un mármol de Carrara,
 cual si fuese una lápida mortuoria,
 su espíritu ve al fin que para ella
 el rayo es una estrella
 que le enseña el camino de la gloria;
 y de este modo la mujer amada,
 á quien llamó su amante un ser maldito,
 por el fuego del rayo iluminada
 fué á tomar posesión de lo infinito.

VI

Y cuenta el cronicón de una abadía,
 que por su mucho celo
 en juzgar á Atalía,
 perdió el ángel Fidel desde aquel día
 su propia estimación y la del cielo;
 y que más adelante,
 ángel á veces, y demonio á ratos,
 se hizo hipócrita, frío é intolerante,
 y acabó en francmasón de los beatos.

VII

Y cuando ya á Atalía
 un borbotón de llamas la rodea,
 y la vida futura la atraía
 como atrae el abismo que marea,
 el pobre amante, de tristeza lleno,
 aprendió á perdonar en el Dios bueno;
 y subiendo á los cielos Atalía,
 —¡Qué bueno es Dios! ¡Qué bueno es Dios!—decía,
 y fué á gozar las dichas del Eterno,
 en vez de ir, por infiel, como temía,
 á enseñar nuevos vicios al infierno.

POR DÓNDE VIENE LA MUERTE

I

Te lo vuelvo á decir, y yo no miento,
 ¡gloria de los Mac-Crohones!
 Era cual tú, la Eugenia de mi cuento
 una enferma incurable de ilusiones.
 Retrato verdadero
 de tu rostro hechicero,
 mostraba, como tú, con mezcla rara,
 la realidad de lo ideal su cara,
 lo ideal de lo real su cuerpo entero.
 Hermosa niña que también tenía
 ojos azules irisados de oro,
 que juntando al talento la alegría,
 añadía un tesoro á otro tesoro,
 modelo de esos seres ideales
 que abrigan en su propio pensamiento
 tal horror por las cosas materiales,
 que tienen que bajar del firmamento
 para poder hablar con los mortales.
 Raza privilegiada
 de castas soñadoras
 á quienes nunca afligen
 de la vida mortal las tristes horas,
 pues su dicha es soñada,
 y en el sueño que eligen
 siempre hallan el amor que les agrada.
 ¡Gloria eterna á ese ejército divino
 de grandes jugadores de ilusiones,
 que exponiendo á menudo su destino
 á la carta ideal de sus visiones,
 alcanzan siempre en su pasión fingida
 una dicha infalible,
 pues si abruma lo real en esta vida,
 lo que nunca nos cansa es lo imposible!

II

El padre de esta niña, el sabio Prieto,
 doctor en medicina y cirugía,
 amante de lo real, y que discreto,
 como aconseja Horacio, «coge el día»,